

LA PROTESTA

PORTE PAGO

SUPLEMENTO SEMANAL

PRECIO: 10 cts.

T. Telefónica 0.478 — B. Orden

Redacción y Administración : PERU 1537

Valores y giros a M. TORRENTE

EUROPA Y AMERICA

LA CONFERENCIA EN LOCARNO O EL HUEVO SE COMERA A LA PALOMA



Con ese nido y la paloma, la obesa Liga de las Naciones quiere empollar un huevo de águila

DESARMAR LOS ESPIRITUS

Ha sido saludado como un gran acontecimiento histórico la firma puesta al pie del Pacto de Seguridad en la amable ciudad de Locarno. El temor hubo de ser el sentimiento más avasallante para impulsar a que Gran Bretaña, Francia y Bélgica — las tres potencias que más directamente intervinieron en la gran tanzanza — olvidaran, echándose a las espaldas los rencores, los odios enervantes y las acusaciones abiertas, por las cuales se quería fuese la nación alemana la única culpable de haber provocado la guerra.

Decía Guyot que la humanidad era comparable a esa mujer orate que en la reducida celda de un manicomio, todas las mañanas, al despertar, se emperifo-

haba para aguardar durante el día al ensañado novio, quien nunca llegaba ni nunca había de llegar. Restringiendo un poco más el concepto de humanidad al de la masa humana, confesaremos que su dinamismo orientador consiste en la incansante reserva de una poderosa fuerza de ilusión. Busca en su eterna marcha de aferrarse a una creencia, a un mito, a un fetiche, a un hombre que ella misma se encargará de endiosar. Como el amor y los ebrios, que cuando se detienen se caen, la masa amorfa necesita, para no estancarse, de aplicar esa fuerza de ilusión a un objeto, digno o indigno, poco le importará con tal le proporcione una hoja, un mes, años de borrachera para sumirse en una beata o entusiasta incons-

ciencia. Antes fué la cruzada incendiaria y sangrienta que las potencias aliadas decían emprender en defensa de los fueros atropellados de la civilización, la justicia y otras ventajas semejantes; luego, la celebración del armisticio; más luego la creación de la Liga de las Naciones; y después de estos años de decrecimiento, desquitados por la desatada furia de los apetitos, le toca el turno a los nueve intrincados tratados, que forman la estructura del Pacto de Seguridad, firmado en Locarno por estadistas de ideas heteróclitas y anticuadas. Hacen la mistela de una paz ficticia, como el farmacéutico que preparara una pócima, guiándose por la receta. Es un calmante más, un engaño más que intentará la galvanización de las voluntades para mantenerlas tensas durante algún tiempo. Son personas que no van más allá de lo presente. Viven para hoy, mañana ya vendrán otros. Por eso es una paz bien premeditada y alevosa. Fué forjada sobre el cartabón de una receta de mutuos y feroces intereses. Momentáneamente se quiere apuntalar el régimen tambaleante con esos nueve tratados, que son todo un dédalo de casuística jurídica.

Estos arreglos superficiales, estas componendas a nada llevarán más que a un *statu quo* de ignominia. ¿Es que ellos, los estadistas defensores de una política de bandidos, desean otro estado de cosas? La paz de ellos es la mera perpetuación de la injusticia y el robo legalizado que se obliga a obliar regularmente su impuesto y patente.

Transcribiremos parte del artículo que cuando para castigarlos de la incertidumbre y poca validez de sus cláusulas. Dice así:

"Alemania y Bélgica, así como Alemania y Francia, se obligan mutuamente a no atacarse las unas a las otras, ni a invadir sus respectivos territorios, ni a declarar la guerra. Esta disposición no regirá, sin embargo, en un solo caso: es decir, en el ejercicio del derecho de legítima defensa, o sea de la resistencia contra cualquier violación del compromiso contenido en el artículo que antecede, o contra una violación flagrante que constituya una agresión no provocada."

En el espíritu, en nada este pacto ha de diferenciarse de los tratados estipulados por la diplomacia de todos los tiempos. Es tan fácil que una nación pase por agresora sin serlo, que muy poco se puede avanzar siquiera hacia una interdependencia de armonía solidaria de pueblo a pueblo con semejantes tortuosos procedimientos. ¿Se pudo, acaso, establecer cuál fué el país agresor en la pretérita carnicería? A ciencia cierta nunca se sabrá bien. Por entre las mallas de la ley son tantos y tantos los subterfugios que se filtran, que jamás aparece el verdadero culpable... Y los tratados de nación a nación no son más que leyes internacionales que pocas veces se observan y en rara ocasión se cumplen.

Por el artículo nueve, se observará también que Gran Bretaña no tiene la intención de comprometer la autonomía de sus colonias, — autonomía fingida, ya que quienes las gobiernan son exclusivamente funcionarios británicos. Dirá: "El tratado no impone ninguna obligación a los Dominios británicos, ni al imperio de la India, a no ser que el gobierno de algún dominio y de la India comuniquen su aceptación del pacto."

En esta especial circunstancia, Inglaterra expresa su voluntad para que ni los poderes amigos, ni la misma Liga de las Naciones, pretendan inmiscuirse en sus asuntos coloniales. Recuérdense las brutales represalias adoptadas contra la población egipcia por la muerte del Sirdar, y cómo el actual ministro Chamberlain le negara la menor ingerencia al tribunal internacional, mastodóntico organismo ginebrino. El personaje que hizo

lentejuelesco espejismo de suramé... ha inducido a proferir abundantes... a los personajes y figuras... accidente, cuya mayoría realizan sus... los de opiniones a través del cristal... y azulado de la distancia. Es... ello que no les ofrece el menor inco... mente verlo todo color de rosa y califi... a estas republicuetas de dechado y... ejemplar democracia, de elevada just... y equidad única. Muchos mienten... y para adular, y otros por sins... ignorancia y furiosas ganas de en... a ellos mismos.

entre la densa parvada de estas marionetas, celebridades de provincia, de aldea y de parroquia, se halla Marcelino Domingo, quien nos hace el regalo de opiniones desinteresadas. Conociendo de vista por haberle tratado en algunas de sus escritas, jamás nos hubieramos imaginado que su republicanismo era tan ingenuo. Si los políticos son lo que ramonea sobre la vastedad de la tierra, los de España constituyen el peor y nata de la insulsez.

En un artículo aparecido no sabemos dónde, comenta la influencia de suramé en la cultura del mundo. Alude luego a Vasconcelos, a Mario Sáenz, al goño de Méjico, el cual "sombra agregado obreros (sic) en sus embajadas y, finalmente, cita el decreto del zapallo Alvear estatuyendo *fiesta nacional* el día primero de mayo. Con todas estas deslabandadas patrañas le alcanza y sobra para llamar que América "es una superación de Europa en espíritu democrático".

El final nos espetará lo siguiente: "América, en 1925, es un conjunto de pueblos soberanos, acomodados a los principios y normas de la democracia."

Este Marcelino ignora que existe un mundo que deporta y confisca la propiedad de los deportados; ignora que en América impera la bota y el sabio de la desdicha; ignora que en Brasil la revolución, recién apagada, conserva aun sus dolores. En fin, que en este continente sur, y también en el del norte, la democracia es y ha sido siempre una fantasma que se dirige a una América de sátiras marianistas contemporáneas. En tan problemática situación filosófica, el panfletista francés

la personalidad de "Povero Cristo" con sus temperamentos y su misma tendencia al anhelo renovador. En esta parte, se prometeremos de lo que sucedió. Hace por la Caja de Ahorro Postal ni con los accarriados del Estado ni del empangolamiento de la provincia de Mendoza, con defraudación que sumaba centenares de millones.

Después de todo lo enumerado, siguen estas republicuetas un dechado de equidad democrática, de elevada justicia y honestidad administrativa y equitativa, según el parvo Marcelino Domingo. Hay que añadir que lo que acontece en una de estas naciones, les sucede en todas en el continente.

Es, por cierto, con hombres de esta especie que ha de salvarse el pueblo español de la idiota dictadura de un zopenco. Solamente se salvará; después de haber barrido toda esta morralla.

En esta especial circunstancia, Inglaterra expresa su voluntad para que ni los poderes amigos, ni la misma Liga de las Naciones, pretendan inmiscuirse en sus asuntos coloniales. Recuérdense las brutales represalias adoptadas contra la población egipcia por la muerte del Sirdar, y cómo el actual ministro Chamberlain le negara la menor ingerencia al tribunal internacional, mastodóntico organismo ginebrino. El personaje que hizo

En esta especial circunstancia, Inglaterra expresa su voluntad para que ni los poderes amigos, ni la misma Liga de las Naciones, pretendan inmiscuirse en sus asuntos coloniales. Recuérdense las brutales represalias adoptadas contra la población egipcia por la muerte del Sirdar, y cómo el actual ministro Chamberlain le negara la menor ingerencia al tribunal internacional, mastodóntico organismo ginebrino. El personaje que hizo

acallar la voz de una problemática justicia es quien, con sus camaradas de alegres excursiones, se presenta en el escenario internacional como el insofisticado salvador de una restringida paz europea.

Nos rehusamos rotundamente a admitir que ninguna idea, ni un orden nuevo puedan emerger en mentalidades soldadas por los infinitos prejuicios de una clase que de la explotación hizo su mayor virtud. Anacronismo viviente lo son, porque del edificio social sólo se preparan a refaccionar la fachada. No es con numerosos tratados como se ha de acortar el camino hacia una era de paz; ni con estipulaciones diplomáticas, realizadas en perjuicio de un tercero, y si deslertando la prédica chauvinista en las escuelas; fustigando el odio que divide a diferentes pueblos en tantos bandos de enemigos, a los que hay que combatir y vencer por todos los medios.

Ningún estadista ama la paz con desinterés, y únicamente amará su éxito personal. Los prohombres de Locarno lo obtuvieron, y por esa falacia fueron aplaudidos por la prensa y la multitud, y ya les basta. El statu quo de la ignominia presente es su única finalidad.

Mientras los convenios, los tratados y las patrañas de la diplomacia se amontonan,

los espíritus continúan absorbiendo las enseñanzas más sanas de la violencia, de la mentira religiosa y de la idea sordida del medio a costas de las pobres humillaciones, en la escuela, en el hogar, en el cuartel y en todas partes.

La tarea de desarmar a los espíritus, de desbrozarlos, no compete, por cierto, ni a los estadistas ni a todos los adictos al régimen presente.

Son las nuevas fuerzas sociales que han de emprender la magna empresa. Pero, entretanto, además de esa ingente labor de imprescindible educación moral, hay que combatir incansablemente en todos los órdenes.

Los estadistas que estipularon ese simulacro de paz, así como todos los demás del orbe, se hallan muy lejos de la verdad. Creen todavía en la eficacia del instrumento grosero que son leyes y códigos, y nunca comprenderán que cuando los mandatos de sucesivas revoluciones los haya quemado, aventando sus cenizas, el género humano en busca de su propio equilibrio se avendrá a obedecer una ley no escrita: el código invisible de la conciencia. A eso se encamina la humanidad, y es ese el anhelo de la filosofía anarquista: que todo hombre sea su propio juez.

lidad rusa, el clima tan duro en ella, no les dejó olvidar nunca el país meridional del sur del Cáucaso, país de sol y de vientos, país de existencia independiente, de cristianismo local muy antiguo, de costumbres antiguas preservadas, de una hermosa lengua cuyos orígenes permanecen desconocidos. Según Tcherkesof, esa lengua estuvo emparentada con las lenguas de ciertas inscripciones cuneiformes; Prometeo fue su compatriota que, al dar a los hombres el conocimiento y el uso del fuego — como dice la leyenda, — representa quizás la gran impresión sobre el espíritu humano producida por los hombres que primero conocieron la combustibilidad de la napa (petróleo) tan abundante en el Cáucaso, etc. Tcherkesof no acababa nunca cuando relataba suavemente y con un poco de melancolía las bellezas de su país, mostrando grabados y fotografías ilustrativas y señalando algunos hermosos libros de viaje que continúan y amplían esos relatos. Se comprende fácilmente que un hombre de ese país, viéndole devorado y cada vez más asimilado por Rusia, sufriese en todo su ser y pensase en restablecer esa autonomía secular de la civilización georgiana que le fué suprimida por el zarismo, como se hace de nuevo en nuestros días por el bolchevismo reinante.

Ese sentimiento inspiró, pues, a Tcherkesof toda su vida, pero de igual modo el sentimiento socialista revolucionario, bien pronto anarquista, le inspiró con igual y tan durable intensidad.

Nació poco antes, uno o dos años a lo sumo, de 1848, y fué enviado bastante joven, a los diez años quizás, a uno de los establecimientos educativos de Rusia, en último lugar a un liceo de Moscú. Su familia no era de ningún modo rica; en todo caso se vio pronto reducido a sus propios recursos y pasó su vida en una pobreza completa que soportó estoicamente. Compartió ya en el liceo, en 1860-70, la vida de compatriotas y de rusos de más edad y de jóvenes estudiantes de Moscú, en una palabra siendo adolescente y antes aun fué testigo asiduo e interesado de muchas cosas que pasaban en el ambiente radical de los estudiantes de Moscú, donde se formaron pronto grupos socialistas, donde había entonces tanto movimientos locales como el inspirado por Saitschenevski, un blanquista, como repercusiones del impulso socialista dado por Tchernischevski, por Dobrolyubof, por Michailof y los otros autores socialistas de Petersburgo, impulso que hizo crear asociaciones para el trabajo en común (arteles), la primera propaganda obrera y campesina, la negación de la vida burguesa por la juventud de entonces, el "nihilismo", etc. Fué el tiempo de la famosa novela *¿Qué hacer?*, escrita por Tchernischevski en su prisión para dar en forma alegórica a la juventud los últimos consejos. Tcherkesof vivió ese tiempo de inteligencia abierta y más tarde, en Petersburgo también, conoció sus detalles íntimos; conocía el misterio de la *dama negra* al fin del libro memorable y tantos otros detalles que muestran que lo que se puede llamar la conspiración permanente recibió siempre apoyo de los simpatizantes y no pudo nunca ser aplastada. Fué pues admitido, no en los consejos, sino, como muchacho, demasiado joven para la acción y a quien se conocía serio y abnegado, en muchas discusiones interminables y en acciones clandestinas, y se encontró así en el grupo de los Ishutin, Jurasof, Yermolof y otros que a partir de 1865 volvieron a reunir los hilos del movimiento bastante diseminados por las persecuciones de 1862-63. Esa nueva organización secreta no pudo durar, porque un camarada de ese ambiente, Karakosof, disparó un tiro de pistola sobre el zar Alejandro II el 16 de abril de 1865; fué ahorcado, el 3 de septiembre, después de haber sido deshecho por una tortura que es bien notoria. Todos los hombres conocidos del ambiente de Karakosof, el círculo de Ishutin en primer lugar, fueron detenidos y sufrieron los castigos más graves. Tcherkesof estaba en el número de los menos comprometidos, es decir no hubo ninguna prueba contra él, pero sufrió también alguna medida de rigor que se encuentra mencionada en los relatos contemporáneos, y no recuerdo si fueron algunos meses de prisión o el aislamiento de Moscú. En todo caso, desde entonces fué un hombre bien conocido de la policía y vigilado por ella; la policía sabía que pertenecía de todo cora-



En recuerdo de Varlan Tcherkesof

Con la muerte de Varlan Tcherkesof el 18 de agosto de 1925 en Londres, ha desaparecido uno de nuestros mejores y más viejos camaradas, el que representaba en efecto la tradición revolucionaria de un período más vasto, que todos los otros camaradas de quienes se tiene noticia, un período que se remonta a los primeros años de 1860, la época de Tchernischevsky en Rusia. Fué un hombre de los más abnegados y amables, de quien vale la pena describir su vida, cuyos detalles fueron conocidos a muchos camaradas de todas las generaciones revolucionarias desde hace más de 60 años; ¿pero dónde están esas generaciones? Han muerto o se han retirado la mayor parte, y para los vivientes la figura de Tcherkesof, necesariamente un poco borrosa por su gran edad y también por las peripecias tristes de esta última década de guerras y de crisis mundiales, no está tan contorneada como merecería estarlo. Que sea permitido, pues, a alguien que lo ha conocido mucho, al cual ha contado a menudo mucho de su vida pasada y que ha podido darse cuenta en las publicaciones del tiempo de los acontecimientos en que Tcherkesof estuvo complicado y también en su género de actividad desde 1892 y de su efecto sobre el movimiento, hablar un poco de la vida de ese hombre modesto, tenaz y lleno de abnegación para las causas que amaba y para sus amigos, que fueron numerosos, pero que el tiempo ha diezmado terriblemente.

Fué un hijo de las zonas ríseñas, fértiles, bien cultivadas de la vertiente sur del Cáucaso, de los campos montañosos cubiertos de viñas de Georgia, país muy antiguo, reino independiente hasta fines del siglo XVIII, pero desde entonces unido *soi-disant* voluntariamente por medio de un tratado a Rusia, la cual no tardó en olvidarse de ese tratado en donde Georgia y Rusia habían de igual a igual, creyó simplemente buena presa a esa Georgia que le había confiado su suerte, y comenzó en ella una política de rusificación. En Georgia existía un feudalismo un poco atenuado en el sentido que los numerosos propietarios aristocráticos, todos llamados príncipes, como lo fué también la familia Tcherkesof, no tenían ese dominio sobre los labradores y campesinos que ejercieron los nobles en Rusia sobre sus siervos; se vivía y se dejaba vivir; había una apariencia de igualdad y de solidaridad, sin duda sólo un barniz exterior que no contrabalanceaba los diferentes intereses sociales, pero comparado con Rusia fué el paraíso y los georgianos no veían la menor razón para cambiar su género de vida agomada y tradicional por la esclavitud y el reino de la burocracia y del ejército que Rusia les presentaba en los buenos tiempos de Alejandro I, II y III y de Nicolás I y II, como por lo demás tampoco deseaban la

continuación presente de ese régimen disfrazado de burocracia roja y de ejército rojo. Estaban, pues, instintivamente en un estado permanente de revuelta moral contra Rusia, y sus hombres avanzados se sentían muy inclinados a pasar a la rebelión material. Veían claro que era el Estado ruso el que los oprimía, no el pueblo ruso, y se sentían solidarios con el pueblo ruso contra el enemigo común, el Estado ruso.

Durante mucho tiempo el gobierno ruso practicó una especie de rusificación de maneras suaves, que dejaban tranquilos a los campesinos y procuraba conquistar moralmente la pequeña aristocracia. Las mujeres georgianas son muy bellas y con frecuencia, rusos de la nobleza burocrática y militar que pasaban algún tiempo en el Cáucaso, se casaban con jóvenes georgianas. En las grandes ciudades rusas y en la corte imperial misma existían, mediante esos matrimonios, princesas y condesas georgianas junto con su familia numerosa. Se les creía rusas leales, pero casi todas permanecían georgianas que soñaban con la antigua y la futura independencia de su país. Se hizo enviar a Rusia muchachos de algún talento para el estudio, a quienes se colocó en los liceos y universidades, dándoles una educación puramente rusa. Pero permanecían georgianos de corazón y durante mucho tiempo estuvieron entre los primeros en los movimientos revolucionarios rusos. Porque los pueblos del Cáucaso, devorados sucesivamente por Rusia, se batieron aún durante una parte del siglo XIX contra los ejércitos rusos y es de esos jóvenes georgianos de donde partía y se difundía un gran espíritu y un gran ímpetu de resistencia militantes entre la juventud rusa con quien vivían en armonía solidaria, pues todos reconocían en el aparato gubernamental ruso, en el Estado, su enemigo común. Esos jóvenes vivos y valerosos se hallaron fácilmente, pues, en contacto con los grupos rusos descontentos de donde surgió el movimiento revolucionario, y los jóvenes georgianos tenían también, además, un ambiente protector y tutelar en esas damas de la aristocracia georgiana casadas con rusos de posición. Con frecuencia éstas pudieron protegerlos contra las persecuciones, advertirlos a tiempo para ocultarse o salvarse, algunas veces, en ocasión de grandes persecuciones, los jóvenes georgianos ocultaban los libros prohibidos; bibliotecas enteras, el material de una imprenta clandestina en los palacios de sus compatriotas, esposas, tal vez, de generales o de gobernadores. Así, pues, esa transplatación semi-voluntaria, semi-forzosa a Rusia de los jóvenes georgianos trajo muy pocos beneficios al gobierno ruso, al contrario añadió un fermento precioso a los factores preparatorios de la revolución rusa y la rea-

zón a la juventud revolucionaria conspiraria siempre. Fué desde el comienzo de sus estudios, una verdadera familia, la gran certeza que le arrastraba, era el interés fatigoso de la conspiración movimiento secreto. Pasó entre 1869, en 1867 y 68 sobre todo, algún tiempo en esa academia agrícola de los alrededores de Moscú que se convocó el otoño de 1869 en el centro de acción conspirativa de Netchaef, y es hecho no están sin relaciones con los que los agrupan. Fué también el de Petersburgo que, mediante el envío de un emisario a Suiza, recibió el nombre de ese primer número del periódico *La Causa del Pueblo* (*Narodnoye*), septiembre de 1868, escrito por Bakunin y Joukovski; de ese periódico, de ese número, en que Bakunin expuso por primera vez sus ideas anarquistas. Si se le llama ruso, fué de donde Tcherkesof pasó su anarquismo, lo que quiere decir lo demás, que el socialismo revolucionario que había profesado desde tantos años, aunque tan joven no sólo nunca autoritario, moderado, sino que Bakunin había formado claramente lo que existía ya en rusos en el espíritu de esos socialistas verdaderamente sinceros. Tcherkesof recibió también a fondo los conceptos Netchaef y estuvo por eso innumerablemente contra el efecto de la leyenda que Netchaef difundió a su alrededor.

En 1869 Tcherkesof recibió por parte de un amigo un empleo en el trazamiento de una línea ferroviaria en el campo de y no volvió a las grandes ciudades que cuando Netchaef había cometido sus mistificaciones y el asesinato de Netchaef, que se había permitido dar de la autoridad que Netchaef encarnaba como nombre de un comité secreto que no existía, que en su imaginación. Si Tcherkesof hubiese estado en Moscú todo ese tiempo habría podido poner a Netchaef su lugar, conociendo el fondo de esas cosas que escapaba completamente a los jóvenes llenos de ciega confianza en Netchaef. Pero no llegó más que el mal había sido hecho y las condiciones se habían intensificado nuevo para Tcherkesof, que había sido perseguido por la persecución de 1866 y conoció los detalles de todas las luchas entre la policía y los revolucionarios de 1862-63. Acababa de hacer eco por su trabajo en el trazamiento de ferrocarril y esos medios y los recursos astucia conspirativa acumulados vieron para organizar la marcha de Netchaef al extranjero y otros hechos semejantes. Pero la lucha era designada por arrestos continuaron y Tcherkesof, tal vez que caracteriza su sentimiento social y sociable — me dijo que sintió tan aislado, pues todos sus compañeros estaban en la cárcel, que prefirió tirar su suerte y esperó con fatalismo momento de su propio arresto y tardó en tener lugar. Pasó entonces meses en la cárcel hasta el gran día de los *Netchaevsky* (los grupos de los *Netchaevsky*, el cual no fué arrestado hasta 1872; se le juzgó en 1873 y fué martirizado en la prisión decena de años hasta su muerte), fué el único que pudo decir y pero no había sido víctima de Netchaef obró con tan extraordinaria

Desenvolvimiento de la libertad en el mundo

Estudio inédito escrito por Eliseo Reclus a los 20 años

II

Si investigamos en el pasado el desenvolvimiento de la idea de que hablamos, es preciso recordar que los diversos períodos de la vida de la humanidad distan mucho de estar trazados como nos parece a nosotros, espectadores lejanos. Todas esas épocas se penetran mutuamente, se funden una en la otra y las causas de los acontecimientos que se suceden hoy se encuentran desde el origen del mundo. Sin embargo, para no perderse en el dedalo de la historia, el espíritu se detiene con gusto en esos tiempos en que la idea se transporta violentamente en los hechos; es con ayuda de los mares de sangre esparcidos aquí y allá como reconocemos la ruta de la humanidad.

Todos saben que la libertad vivía en estado de crisálida en el mundo oriental, que se estremecía vivamente en el mundo greco-romano y trató de reprimir su envoltura; todos saben también que se manifiesta ahora y deja tras sí la piel

de una vieja ciudad; en lugar de expansionarse fuera de ella para difundir su espíritu, se replegaban en el recinto de sus muros y lanzaban el nombre de bárbaros a los que habitaban más allá de sus montañas o de sus riberas. Platón mismo, el gran Platón hacía de su república ideal una ciudad griega, una ciudad de hombres libres y de esclavos. No hay, pues, que comparar las repúblicas griegas basadas en la desigualdad con nuestras repúblicas basadas en la idea contraria, a nuestras repúblicas en donde cada voz es igual a otra voz, donde cada vida, en principio al menos, tiene los mismos derechos que otra vida. El comunismo de los espartanos estaba fundado en el odio al extranjero y el socialismo de nuestros días tiene por punto de partida la fraternidad universal.

Roma también se dividía en patricios y plebeyos, en hombres libres y en esclavos, en ciudadanos y en extranjeros. En el tiempo de Augusto, de cada vein-

caba el renunciamento a las alegrías impías, que decía al rico que viviera como el pobre, el cristianismo de los comunistas San Basilio y San Crisóstomo, era un alimento demasiado fuerte para el viejo materialismo griego y romano; el imperio del mundo se desvanecía en manos de sus amos débiles y habría muerto de inanición un siglo más tarde si las hordas bárbaras no hubiesen venido a devastarlo.

Ha sido preciso mucho tiempo al dulce espíritu del evangelio para ablandar los vencedores salvajes, esos hombres de hierro que sonreían al morir. Al fin sin embargo los señores se habituaron a considerar al siervo como un hombre, porque se encontraban en la misma iglesia, y el sacerdote, muy a menudo hijo del siervo mismo, les hablaba como a iguales ante Dios. Nuestros historiadores nos han contado cómo los burgueses de las ciudades, envidiosos de sus riquezas, se rebelaron contra los señores; cómo los reyes se aljaron con los villanos contra los altos y poderosos barones; como la aristocracia francesa fue abatida por tres veces, de manera que no pudo volver a reponerse. Entonces la realza triunfante pesó con todo el peso de la aristocracia vencida sobre la burguesía que se hizo fuerte a su vez; la revuelta se deslizo en los corazones, después en los espíritus. Estalló sangrienta. Francia es el país que la libertad escogió por cuna.

¿Por qué Italia, por qué Inglaterra no la superaron en esa era de fraternidad universal? Vamos a tratar de explicarlo.

Italia fue menos profundamente erosionada que las otras partes de la Europa romana; el fecundante abono de los bárbaros se depositó allí menos que en las Galias y si la civilización pudo florecer en ella más rápidamente, careció sin embargo del vigor y de la energía que circulaba en la sangre de los hombres del norte. No habían trascendido aun dos siglos y la raza alemana se había fundido ya en la antigua raza itálica; además, desde que la civilización pudo volver a proseguir su antigua marcha ascendente a la sombra de los papas y de los exarcas, fué exclusivamente italiana: las viejas distinciones romanas de ciudadanos y bárbaros reaparecieron y el país se dividió en un número infinito de pequeñas repúblicas de comerciantes enemigas entre sí, todas aristocráticas lo mismo que Esparta y Atenas. Ni Venecia la bella, ni Génova la rica, ni Florencia la célebre comprendieron la idea de la libertad para todos y el noble Rienzi mismo en sus vastos planes de regeneración no quería más que restaurar la antigua gloria de Roma y constituir la unidad de Italia. Y cuando todos esos pequeños Estados aislados gastaron su primer vigor en las luchas intestinas, los tiranos extranjeros pusieron sus manos de plomo sobre los ojos de Italia temblorosa. Fué entonces cuando el cetro pasó de sus manos a las nuestras, porque la realza de la civilización no muere jamás en el mundo, y cuando un pueblo se extingue, llama a su cabecera de moribundo a otro pueblo y le dice con voz entrecortada los secretos de la vida.

ELISEO RECLUS

(Continuará)



ELISEO RECLUS A LOS 19 AÑOS

deseada. Los pueblos de la India y de Egipto, fatalistas en su filosofía, se dejaban acorrallar tranquilamente como rebaños de ovejas; divididos en castas, se definían en categorías de esclavos más o menos embrutecidos, adoptaban todas las tiranías como un orden irrevocable del destino, su religión. La casta misma de los amos y de los sabios, no pudiendo recluirse en la masa más viva del pueblo, se bastardeó a su vez y, privada de su energía primitiva, se inmovilizó, orgullosa de parecerse a las pirámides inmutables que había hecho construir.

Los griegos, al contrario, se agitaron mucho para llegar a una forma perfecta de gobierno, ensayaron el despotismo, una especie de monarquía atemperada, la oligarquía, la república, pero eso no se hizo nunca más que en vista de su pro-

te hombres que pasaban, diez y nueve no eran más que cosas para el vigésimo; sin embargo se reconocía vagamente la igualdad de todos, y durante la fiesta de las Saturnales, fiesta que debía recordar la edad de oro, todos eran iguales a todos y el esclavo tenía derecho a pegar a su amo.

En la antigüedad sólo los judíos reconocieron que no debía haber esclavos y si hubiesen ejecutado fielmente los preceptos de Moisés ninguno de ellos habría tenido nunca necesidad de venderse para alimentar a su familia. Por sus instituciones, pero sobre todo por su religión bajada del Sinaí, los judíos fueron los precursores del cristianismo, de ese cristianismo que sus profetas les habían anunciado y que habían esperado tanto tiempo. Pero ese cristianismo que predi-



Un tomo en 8. de 268 págs., \$ 1.20



ángulos que deshizo la vida de mu-
hombres.
Tcherkesof fué desterrado a Siberia.
vivió hasta 1876 en que se escapó.
ando de Tomsk y volviendo a Rusia
las vías de combinación ordinarias.
ayuda de un buen pasaporte. Pasó al-
semanas en Moscú y en Petersbur-
onde se puso al corriente del movi-
to muy deprimido entonces por los
erosos arrestos de los años 1873-74.
in partió para Londres; también en
mismo año Pedro Kropotkin, en pri-
desde 1873, se salvó del hospital mi-
y se fué también a Inglaterra: allí,
amigos de toda la vida, debieron en-
arse por primera vez.
Londres, Tcherkesof, como revolu-
ario ruso de la primera hora y como
arquista ruso, se sintió aislado: el par-
o marxista de Lavrof, que publicaba
red, no pudo interesarle. Como a Kro-
otkin le atrajo Suiza, el ambiente de
Federación jurasiana, Ginebra y el
ra, y lo mismo Paris, la ciudad de la
muna de 1871, y a partir de 1877 en-
tramos a Tcherkesof en Ginebra don-
por ejemplo, está presente al ser ex-
ido el primer número de *Le Révolté*.
febrero de 1879, periódico hecho por
kropotkin; Malatesta asiste también; lo
ontramos en el congreso jurasiano de
Chaux-de-Fonds, en 1880, cuando el
munismo anarquista fué definitivamen-
tamente aceptado; entre los oradores estaban,
emás de él, Kropotkin, Eliseo Reclus,
Cafiero. Toma parte en ciertas polém-
as por su folleto contra Dragomanof, ha
1880. Está en Paris también en 1879,
ue, mediante el en-
suiza, recibió ejem-
plares del periódico
uoble (*Narodnaia*
168, escrito por Ba-
ese periódico, de
que Bakunin expu-
ideas anarquistas
de donde Tche-
mo, lo que quiere
ue el socialismo
ia profesado desde
que tan joven no
ritario, moderado
kunikin había for-
e existía ya en ru-
u de esos socialis-
naceros. Tcherkesof
fondo los comien-
avo por eso inmu-
de la leyenda que
a su alrededor.
rkesof recibió por
empleo en el traza-
provaria en el ma-
ran lucha de los terroristas autorita-
chaef había come-
es y el asesinato
arada, bien cono-
se había permiti-
dad que Netchaef
mo hombre de co-
reto que no existi-
ginación. Si Tche-
en Moscú todo es-
do poner a Netch-
iendo el fondo de
escapaba completa-
tenos de ciega co-
o no llegó más que
sido hecho y las
bian intensificado
rkesof, que habi-
ción de 1866 y
es de todas las lu-
los revolucionar-
aba de hacer eco-
en el trazamiento
medios y los recu-
ativa acumulados
anizar la marcha
ero y otros hechos
la lucha era desig-
aron y Tcherkesof
teriza su sentimien-
— me dijo que a-
o, pues todos sus
rocel, que prefirió
esperó con fatali-
a propio arresto
lugar. Pasó enton-
cel hasta el gran
tsy (los grupos de
ef, el cual no fué
se le juzgó en A-
irizado en la pris-
hasta su muerte).
osto de 1871, en
e pudo decir y pro-
victima de Netch-
a extraordinaria

Max Nettlau
(Continuará)

SALON DE LOS ARTISTAS INDEPENDIENTES

La Comisión de Bellas Artes ha tenido la *bontade* de mostrarse indulgente y paternal. Adopta, a destiempo, una política de cordialidad hacia los anónimos pintores de una pintura más anónima todavía. Harta de soportar intrépidamente la rotunda condenación de amigos y enemigos; y cansada de ser bautizada de vacua, de inútil y ociosa, resolvió tomar una iniciativa y, como la montaña de la fábula, abortó un *salón independiente*, precisamente en el país donde los espíritus independientes abundan menos. Es como si dijéramos únicos, escasos y contados. Lo de siempre, ellos dan cien en la herradura y ninguna en el clavo. Esto no es prejuizar, y sí deducciones de una naturalidad aterradora. Si todavía no se posee un plantel de artistas intensamente personales aun entre los consagrados por la generalidad de la gente, es imposible la existencia o el *stock* de innovadores o de talentos desconocidos.

Este salón, *auspiciosamente* amparado por los miembros de la memorable comisión, que será inaugurado a principios de noviembre, no cumple finalidad alguna. Es un salón más, entre los tantos que sirven para desorientar, pervertir y sembrar el pánico entre el público y entre quienes se hallaban propensos a afionarse en las cuestiones artísticas. En una palabra, no es un anhelo sentido por el ambiente.

Es sólo conceder satisfacción a los aprendices y chambones, al mismo tiempo que la comisión, cuyos miembros son los eternos jurados, intentará limpiarse del pecado de estrechez, de intransigencia y de favoritismo. Desde el momento que se ha admitido a Curatella Mames, aun haciéndolo por misericordia; cuando no se rechazó a Del Prete, aunque se le relegara al más escondido rincón, y se le procuró un pase libre a Horacio Butler, a Badí y Basaldúa, no son las tendencias pictóricas o escultóricas que les chocan y ofenden. Háganlo ellos por manifiesto, tolerancia o cobardía.

Insensibles a las formas de la vida y del arte, burócratas vegetativos, no les quitará el sueño ni el apetito que haya un pique de más o de menos en las obras de los demás, ni tampoco en las suyas. No es el amor ni la pasión lo que los agita, sino pequeños celos de oficinistas que sólo les causarán leves resquemores. No luchan ellos por motivos superiores en defensa de una tendencia cualquiera, sino por las minucias del oficio que toman como una notable ofensa a su amor propio de supuestos magisters. Lo que más bien ellos han combatido siempre, a golpes de hipocresía, es la altivez y la independencia mental en quienes no han de pedirles la venia para expresarse libremente. Quizás en nuestro ambiente de arte se debate una cuestión ética y de sana virilidad, más bien que artística.

Mas no hemos de repetirnos en idénticos cargos hacia unas personas que sin su investidura oficial como *artistas*, y etcétera, nos merecen un olvido eterno. Lo que importa será entonces explicar por cuales causas surgiera un salón parecido en París, ya que las otras partes no reunían las condiciones especiales que hiciesen inevitable su nacimiento. Esta explicación nos convencerá de lo infundado de esta iniciativa extemporánea y completamente fuera de lugar que aquí habrá de realizarse. En la víspera de la inauguración del XXXVI *Salón des Artistes Independants*, un cronista de "L'Art Vivant" entrevistó a su presidente, Paul Signac. De esta entrevista explicamos lo substancial y de carácter histórico e informativo que más nos conviene a nosotros. El lema que diera fundamento a su creación fué: *Ni recompensa ni jurado*. La primera tentativa se llevó a cabo en 1884, a los pocos meses de la celebración del *Salón Oficial*, en el cual a Manet y Puvis de Chavannes se les había negado la entrada. En el mes de mayo de ese año aparecieron, fijados en los muros de París, grandes carteles con esta inscripción: "Groupe des artistes independen-

po de artistas independientes cuyas telas se exponían en una sala situada entre los pabellones de Flores y de Marsan. Al mismo tiempo, otro núcleo de pintores también pretendía reservarse el título de *Independientes*. Los miembros de cada asociación incitaban al gentío para que entrara, asegurándole que los mejores cuadros los encontraría en sus respectivas salas.

Numerosos rechazados expusieron. Entre ellos se hallaba Cross, Angrand y Seurat, de quien el jurado de ese salón oficial rechazara "Baigade", un lienzo que después, en 1924, era adquirido en 300.000 francos para un Museo de Inglaterra. Al tener que rendir cuentas la comisión directiva del grupo principal y más numeroso, desapareció, y Odilon Redon, en una sesión que fué memorable, hizo que la asamblea se decidiera a constituir ante un escribano una sociedad, con el título: *Sociedad de Artistas Independientes*. La primera exposición se realizó en el mismo año, durante el mes de diciembre. En 1885 no tuvo lugar y en 1886 fué inaugurándose ya regularmente durante los años subsiguientes. Entre los expositores hubieron de figurar, en 1888, Seurat y Van Gogh; en 1889, Henri Rousseau y Toulouse Lautrec. En 1899, Cézanne, y en 1901 Matisse, Guérin, Laprade Marquet, Vuillard, Bonnard, Vallotton y Maurice Denis.

Habla Signac. Escuchémosle:

—Se comprenderá toda la importancia de la iniciativa adoptada por ese grupo de artistas en ese año 1884, si se considera que fuera del *Salón Bouguereau* y de la Escuela de Bellas Artes no existía organización alguna con la cual se pudiese hacer conocer al público las obras de la joven pintura. No había galerías de cuadros ni exposiciones particulares. Tampoco se encontraba un mercante, al menos uno solo, ávido de novedad.

La vida de los artistas difería en mucho a la de ahora. Seurat, por ejemplo, murió sin haber vendido más que dos telas. La primera fué adquirida por 300 francos por la sociedad de los XX de Bruselas. Infinitas vacilaciones le valieron para formular ese precio. Calculando las jornadas de trabajo, evaluando una suma insignificante por cada día, representaba un valor de 2.800 francos. Mas él sentía una indecible vergüenza de exigir semejante suma. Su amigo Gustavo Kahn también hubo de comprarle "Chahut", en el *Salón de los Independientes* de 1891. Muerto a los 32 años, no sé quién difundió la leyenda que era un joven tuberculoso y siempre enfermizo, y en cambio yo, que le conocí, puedo asegurar que era un mozo gallardo y de una salud espléndida. Es cierto que murió estúpidamente por una pulmonía que atrapara viajando sobre el imperial de un ómnibus, después de haber visitado conmigo una exposición en los *Champs-Mars*.

Van Gogh deseaba únicamente que a su favor se constituyera un sindicato de aficionados y que cada uno obtuviese 20 francos por mes, y en retribución entregarle doce telas por año. En esa época se podía contar con los dedos de una mano los aficionados. Los porteros de las casas donde vivíamos, eran entonces más amables, aunque no fuera tan fácil venderles nuestros cuadros. Pissarro tampoco vendía mucho. ¿Cuántas veces en Deragny o en Pontoise, la madre de este gran artista había de esconderse o escapar de su casa antes que llegara el panadero para cobrarla la cuenta. Claro, en aquellos tiempos de intensa búsqueda, no se especulaba sobre la pintura...

Para una presentación somera de las causas que dieron nacimiento al *Salón de Independientes* en París, nos es suficiente. Durante treinta y seis años, mal o bien cumplió con su labor de mostrar

raciones de pintores. Pudo haber miles y miles de mediocres, malos y perversos; pero el tiempo, el juez más ecuánime que jurados y críticos, impuso e impondrá la selección. Han sobrevivido quienes poseían una poderosa vitalidad espiritual. No por pintar de un modo u otro.

Aquí, en nuestro *hivernadero* artístico, existirán las mismas causas, las mismas condiciones que allende el mar, allá en París? ¿Se encontrará el talento o el genio desconocido?

El nuestro es otro problema. Es un

problema de honestidad artística, que observarlo estrictamente, nos obligaría estudiar, prepararnos durante largos años, antes de exponer. Y si la miseria el hambre nos visitan por tan altos, cobros y desinteresados impulsos, al soportar estoicamente, el dolor nos sería fecundo y tal vez nuestra obra se iluminaría con una nueva luz. ¿Pero hay aquí quien busque el valor de afrontar una existencia de tal austeridad?

Sí; alguno debe haber. También únicos, contados y escasos.

LOS OFICIOS



A. Wohlermann y H. Stambeiger — "Herradores"

MASCARAS (1) VIVIENTES

EL ARTE Y EL TRABAJO

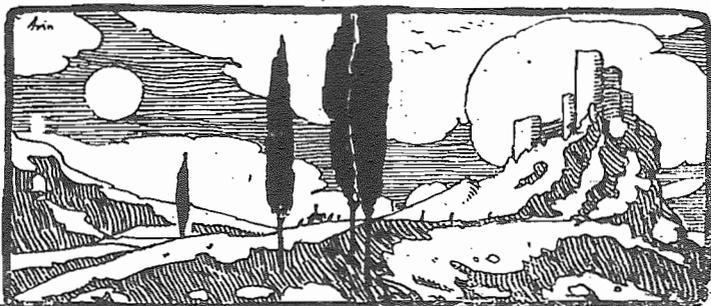
Desde que el mundo existe, ¿cuántos fueron los hombres que pudieron aperebirse que lo más bello que hay en esta tierra es el trabajo? El arte se detuvo, inclinándose, ante la mujer, el guerrero y la estrella. ¿Le quedó tiempo para detenerse frente al obrero? La intrepidez de los hombres en los oficios del fuego puede ser más heroica que la de los que intervienen en los deslumbrantes encuentros militares. ¿Deducimos de la actitud de los eternos arrodillados ante la tarea, cuán profunda fué su fe? ¿Qué imagen poseemos para mostrársela al hombre que amó su oficio, el transfigurado en su ensueño de belleza por el trabajo?

El obrero cumple cada día la salvación del mundo. Es a él que el arte le deberá una nueva vida. Los espectáculos del amor, de la plegaria fueron agotados para el artista. La belleza de los oficios,

lentas imágenes gastadas, he ahí el nacimiento: los altos hornos abren sus fauces ardientes, en una suerte de dridos de llamas contra los hombres que no las temen; el movido crisol sopla hacia el cielo su gran risa de chispas que se remontan más alto que los pájaros. Y en el fondo de vapores blancos aparece la hiladora de lino. Desvestida de la sadilla de su ambiente brumoso, los grandes brazos semovientes se agitan en el ir y venir, poniéndole una aureola a figura livida.

Aquellos que no quieren encontrar las ideas sociales la más elevada misteriosa mística de la idea de justicia, y otorgan la respetuosidad de las rentas, añárganse al triunfo de esta afirmación: mundo marcha hacia la fealdad, y eso el arte ha de morir. ¿Es necesario rogarles que no se precipiten tanto, sino saben donde van lo que quieren? ¿Cuál es su arte? Una vela, que nos obliga a leer trescientas

artística, que... nos obligaría... durante... Y si la miseria... r tan altos... sos, al sopor... nos sería fecu... se iluminaría... ay aquí quien... er. También... sos.



vierte con el barón o la marquesa con los dos; o también las piezas teatrales, en las cuales una mujer casada encontrará, durante cuatro actos, suficientes razones para justificarse a sí misma la desmedida afición a cambiar de lecho.

Este mundo es ya incapaz de invención. No se ha de meditar mucho ante el arte contemporáneo a fin de comprender que la revolución será también salobre para él. El alma senilmente extenuada de este mundo caduco busca galvanizarse en los juegos pornográficos. Aunamos la sana torrentada que realizará la gran devastación. Lo que es digno de morir, debe avenirse a perecer mansamente. Es necesario que el mundo renazca de nuevo. Los poetas de raza agreste besaron la tierra, y aquellos pertenecientes a los pueblos guerreros enoblecieron la mantaza. Los escritores de nuestra raza industrial se encierran en sí mismos a fin de bien solazarse los sentidos por el erotismo. La condición del trabajo establece la lucha permanente entre el oficio y el ocio. ¿A cuántos hombres la jornada más corta les dejará tiempo para la meditación?

¿Y qué soplo poderoso de arte no podrá surgir de la meditación de ese pueblo? La muchedumbre, que amasa la realidad cotidiana, soporta los artistas — verdaderos surtidores de finta — quienes viven emparedados en su bufete, bonitamente decorado de libros, como lo está el salón de damas. El albañil que levantando un muro cae del andamio y se mata, realiza un drama como jamás lo describirán ellos.

¿Cuánta grandeza existe en la conciencia profesional? Nadie todavía nos sugirió con elocuencia toda la belleza que hay en ella. Es que quienes la encarnaron han hecho siempre voto de silencio.

Cesando de reproducir las gesticulaciones de los ociosos y la psicología de los rentistas, el arte volverá a encontrar la sublimación del trabajo de la tierra y el trabajo de las ciudades. El drama de la usina se halla en el mismo plano de la liada.

Los hombres que hoy retienen la realidad en sus manos, que resisten el estallido de la máquina y soportan el choque de la piedra que cae, son poetas con los labios sellados. Una armonía trágica hay en su sufrir anónimo y desconocido.

El dolor, las penas de ellos se hallan precedidos de la luz. Aparecen en la hora emocionada que eclosiona el día. Su pataleo, en lenta marcha, comunica vibraciones inusitadas a la usina. Empieza el gesto habitual del maquinista y del tornero que tanea la tuerca de la herramienta, apretada hasta el último hilo de la rosca. Y empieza el movimiento lento de la biela deslizándose sobre la estrecha lista de acero cubierta de rubio aceite. El volante voltea dividiendo sus rayos que se aceleran como grandes brazos lanzados como para asir una idea inalcanzable. Los oficios se han puesto en marcha. Y el rumor de la usina parece en la mañana cándida el bordoneo de un insecto de alas negras.

¿Quién le cantará al Paraíso perdido de esta nueva humanidad? Pero veamos el trabajo del excelente equipo: Sels caldereros en hierro remachan los tirantes de acero en una alta armazón. Bajo de ellos el abismo, donde suaves vientos pasan: pájaros y personas. Sus brazos obedecen a una misma alma: el alma del oficio. El que fallara caería arrastrando los demás. Contra el peligro están arrojadas las conciencias. Sus movimientos, que se alternan, riman el uno al otro, justificándose en un solo gesto. Nada es más bello que el bello trabajo. Si ellos precipitaran, no conocerían que sus

caídas vertirían en los inmensos espacios un canto mudo, tan gigantesco como el de Homero.

En la resistencia al vértigo, ante las embrujadas fantasmagorías del fuego, sudan los rostros de los rudos condenados y en cuyo infierno las ágiles llamas les muerden los cuerpos perdidos; son aquellos que cargan en sus anchas espaldas la ciclópea pena del mundo. En sus espíritus vive la religión milenaria para cuyo anuncio no ha venido aún el mesías: la justicia. Su ensueño se alimenta es perandola y su pasión es establecerla de una vez. ¿Qué espíritu más poderoso podría infundirle su inspiración al arte?

PIERRE HAMP

(1) Bajo el epigrafe general, que empieza con el trabajo de Pierre Hamp, intentaremos hacer desfilan las máscaras nuevas de las jóvenes generaciones de todos los países, que con su práctica literaria se cuadrarán ante un mundo vuelto para propagar un devenir de concordia, en el cual el trabajo no sea la esclavitud de los hombres. Ello será de vez en vez.

NOTA BIOGRAFICA.

Aprendiz pasteler en París, — tenía 14 años — luego confitero y cocinero en Londres; empleado del ferrocarril de la Compañía del Norte; sub-jefe de la estación internacional de Calais - Maritima; inspector de trabajo; casado, padre de tres niños; luego viudo, naufrago de la guerra — sus manuscritos fueron destruidos — autodidacta, jamás se desalentó ni la amargura hizo presa en su ánimo.

Aprendió latín de un viejo profesor francés de un colegio de Brighthelm. Regresando de Inglaterra, empleó todas sus economías para seguir los cursos de la Universidad Popular de Belleville.

Recorrió todas las provincias de Francia, desde Boulogne-sur-Mer, donde se desahogaba "todas las bestias misteriosas que emergen de las aguas profundas: en siniestras chalupas y paque-boot, hasta la Grasse, donde el alma de los jardines es puesta en botellas, visitando usinas, ciudades industriales, los puertos, las minas y las granjas, anotando cuidadosamente cifras que esclarecen las ideas; apuntando los términos técnicos; copiando informes; redactando procesos verbales; escribiendo cuentos, novelas y ensayos; viajero incansable a través del mundo del trabajo; ayer en los grandes bulevares o en los barrios obreros, hoy en España o Austria, mañana en Marruecos, siempre es un hombre de acción y de entusiasmo, amigo del pueblo y también el invariable abogado de los que sufren y pelean, que viaja y estudia.

Es así como aparece, en fin, la personalidad de Pierre Hamp, cuyo verdadero nombre es Henri Bourillon, nacido en Niza en 1876.

BIBLIOGRAFIA: "El río", "La Encuesta", "El Trabajo Inevitable", "Los oficios mutilados", "La Victoria Mecánica". — Son estas algunas obras de los más representativas de las catorce o quince que comprende su producción total. M. S.

LOS OFICIOS



A. Wohlermann y H. Stamberger — "Mineros"

La poesía épica

"Dadme la lira de Homero, sin sus cuerdas tejidas de sangre!" Anacreonte.

¿Ha muerto la poesía épica como aseguran los tratadistas? ¿Ha sido reemplazada por la novela? No. La novela es otro género literario del todo diferente, y las cualidades del novelista no son las del poeta épico. Lo que ha desaparecido es el tema de la poesía épica: las guerras. Aun las hay, pero son consideradas una desdicha, no una gloria; en la conciencia del pueblo está el horror hacia ellas, ningún poeta puede cantarlas, como en antaño, entusiasmadamente. La poesía patriótica ha quedado para los rampiones de los Juegos Florales, para los rezagados de la civilización. Ya un general victorioso no es un héroe: es un afortunado, ya antes que en las banderas conquistadas al enemigo se piensa en los muertos que han quedado en el combate y ya se miran los heridos del adversario como a propios, con igual lástima.

Destrucción y ruina, miserias y hambres, eso se ve en las guerras; ¿qué pueblo podrá desearlas?, ¿qué gran poeta poeta capaz de sentir al pueblo, de sufrir con él, de traducir sus anhelos, qué poeta culto podrá cantar la guerra? Hoy en vano querría entusiasmar Tirteo, ahí están Ruyard Kipling y D'Annunzio que hicieron de hazmerreír; ya palpita una conciencia en las muchedumbres, ya ella le dice que su enemigo no está fuera de los límites de lo que llaman "nuestra patria", aunque en ella no poseen ni un metro cuadrado de tierra, ni aun para ser enterrados; ya ella les dice que el verdadero enemigo está en el propietario que les quita la mitad de la soldada por un cuartucho hediondo; está en el amo de la fábrica en aras del cual dejan la juventud y la vida, está en el clérigo, y en el militar que viven sin producir y, por lo tanto, fatalmente han de vivir de quien produce; está en el diplomado; en el médico que experimenta sobre su cuerpo, en el abogado y el juez que malabarijan con su libertad, en el maestro que, deformando la historia miente e inculca ideas de odio a los niños...

¿Si el pueblo no siente ya el motivo de la guerra, si el poeta grande, el capaz de sentir el dolor colectivo y hacerse el inspirado vocero de sus esperanzas, no entonces héroes épicos, debe morir la poesía épica?

No. La guerra desaparecerá, como ya ha desaparecido de la conciencia de los humanos que alientan generosas aspiraciones de fraternidad; pero ello no implica la desaparición de la poesía épica. Ocurrió que vivimos un momento de indecisión, ha desaparecido la guerra, por cruel, la poesía épica no ha hallado a quien cantar, y calla. ¿Empero allí, en los trigales, en las fábricas, en los talleres, en la vida tumultuosa de las calles, en el banco de los colegios, en las máquinas de las estaciones, en los aeroplanos de los hangares, en las mismas muchedumbres hambrientas que exigen derechos, que con sus manifestaciones tumultuarias desbordan las avenidas o con sus huelgas amenazadoras hacen un desierto de la más febril urbe; no hay motivo de un poema épico? ¿No viven allí héroes más valientes, por más razonadores, que los temerarios locos que asaltaban trincheras encoguidos? ¿Ese labriego, infatigable en veinteaños de dura labor, no es un héroe? ¿Esos obreros y obreras que todos los días, sin esperanzas de mejorar su existencia miserable, trabajan, no son héroes? ¿Ese joven que, desafiando los gocees, se afiebra, contra el libro, llevado por ansias imperiosas de saber, no es un héroe? ¿Ese anciano que en el laboratorio y curvado sobre la lente del microscopio, escruta, observa, no es un héroe? ¿Ese orador que, desafiando las leyes más incógnas, clama por la huelga e incita a sus compañeros a tener dignidad; no es un héroe? ¿Ese periodista que expone su propia libertad y escribe, con punzante pluma, la verdad que le quema las entrañas, y desafia todo: cobardías, indiferencias, amenazas; va preso y no se arredra, indomable; no es un héroe?

El tema existe, palpita; pero falta el poeta que nos lo revele lleno de vida y nos lo haga palpitar. Desgraciadamente, pocos son los poetas que, a la par de ar-

listas, mejor, antes que artistas, sean hombres: majada de barbilindos, sólo les preocupan sus quiméricos amores y sus melancolías morbosas de hombres débiles, sin voluntad.

Son también ignorantes. Ignoran la más elemental ciencia, toda su cultura se reduce a superficiales conocimientos literarios que redondean en las charlas del café o de la redacción. Los grandes poetas clásicos de la antigüedad, fueron profundos conocedores de la ciencia de su tiempo; de Virgilio dice Macrobio: "Virgilio que nunca yerra en materia de ciencia"... Sería un ejemplo para los que usufructúan hoy el nombre de poetas, nocivos bebedores, neurasténicos, les falta vigor, les roe el escepticismo, el fatalismo los paraliza, y no es de infelices tales de donde puede surgir el poeta épico, el que con su verbo robusto traduzca el sentir de la vida contemporánea tan fuerte en sus plebiscitarias ciudades llenas de maquinarias portentosas, reino de la mecánica y de la electricidad.

En vano se lamentan los retóricos: la poesía épica no ha muerto, sólo ha muerto un viejo motivo, como no ha muerto la poesía religiosa, y no morirá en tanto que exista un cielo estrellado, una naturaleza creadora — no ha muerto, aunque el décreto Dios bíblico haya sido enterrado por Darwin. La poesía épica como todo lo que debe vivir y perpetuarse, ha evolucionado; esa evolución no la pueden ver los estrechos, los que dan reglas para el arte; como tampoco los que dan leyes para la vida ven que la justicia se ha transformado y ya, no sólo no está con ellos, sino que está en contra de ellos.

En la química o en la mecánica o en la biología o en la física o en la agricultura o en la filosofía que albergan hombres laboriosos, llenos de fe, entusiasmados; se están gestando los poemas épicos del futuro; Curie, Pasteur, Kant, Haeckel, Ameghino, Polcaré, todo el ejército de experimentadores de obreros y de estudiosos, serán sus héroes.

Y algo se ha hecho ya: el acérrimo Walt Whitman y el pujante Verhaeren cantaron como precursores, y tras ellos, en Francia el vigoroso Romain y los unanimistas. Mas es preciso llegar a esta convicción:

La poesía épica ha huído de los campos de sangre y dolor para refugiarse en los campos de labranza, en las fábricas y talleres, en las aulas y calles, en los observatorios y gabinetes. Existe allí una vida real que, para los poetas de hoy, tiene tanta poesía como para los poetas de ayer tuvo la legendaria vida guerrera. El épico contemporáneo debe hacer poemas en donde los episodios de la lucha por la vida, reemplacen a los episodios de la lucha por la muerte: ¡La Horda del Trabajo espera su Homero!

Alvaro Junguel

LIBROS PUBLICADOS POR LA

EDITORIAL LA PROTESTA

- La Revolución Social en Francia, por Miguel Bakunin — primero y segundo tomos, \$ 1.50 clu.
- Errico Malatesta, por Max Nettlau. Un tomo de 268 págs. \$ 1.20; encuadernado en tela, \$ 3.50.
- Los anarquistas (Estudio y réplica), por C. Lombroso y R. Mellá. Un tomo de 170 págs., \$ 1.00.
- Mi Comunisto, por Sebastián Faure. Un tomo de 440 págs. En rústica, \$ 2.00 — Encuadernado en tela, \$ 3.50.
- Conferencias, tomo I: El Estado, su rol histórico, El Estado moderno, por P. Kronotkine. Un tomo de 150 págs. Rústica, \$ 0.50. Encuadernado en tela, \$ 1.50.
- Cartas a una mujer sobre la anarquía, por Luis Fabril. En rústica, \$ 0.50 — en tela \$ 1.50.
- La Ucrania revolucionaria, por A. Souchev — \$ 0.30.
- Miguel Bakunin (Noticia Biográfica), por J. Guillaume, \$ 0.20.

Suscríbese a la Editorial, compañero

JEAN GRAVE

Un anarquista en el presidio

Como he dicho ya en el capítulo XI, el asunto Dreyfus me había vuelto a poner en relaciones con Zola.

También nosotros teníamos en el presidio camaradas que habían sido enviados únicamente gracias a los desafueros de la justicia, sea condenados en un período de terror, sea víctimas de condenas ultrajosamente excesivas.

En el primer caso estaba Courtois, condenado por haberse desfrizado con el nombre de Liard, haberse dejado sentenciar por un delito de palabra bajo ese nombre y haber firmado así en el registro de la cárcel.

Igualmente Monod, perseguido también por delito de palabra en pleno terror, enviado al presidio por dicho "crimen". Pero eso no era más que un pretexto. En realidad pagaba por los sainetes de que hablé ya. Sainetes jugados a la policía y a la magistratura, que aquellos a quienes se dirigieron podían encontrar de mal gusto, de mal olor, seguramente, pero que no contravenían ningún artículo del código penal. La magistratura aprovechó la ocasión para tomar su revancha (1).

Estaba Theodule Meunier, que era ciertamente el autor del atentado contra Verry por el cual fué perseguido, después condenado, pero condenado sin prueba alguna, a pesar del apoyo que le prestaron amigos abnegados, con riesgo de ser perseguidos ellos mismos como cómplices, apoyo que la acusación no pudo demoler.

Entre los condenados a penas que por su rigor llegaban a ser venganza y no justicia, estaba Grangé el cual, arrestado como Insumiso, disparó tiros de revólver sobre los que le detenían, pero sin herir a nadie, lo que no impidió que fuera condenado a 15 años de trabajos forzados.

Había otros cuyos nombres y casos olvidé. Pero que las cartas de Tarbouriech, encontradas al revolver mis papeles, sacan a relucir.

"París, V, 19, rue du Sommerard, 11 de agosto.

Querido señor Grave, Después de haberle escrito fui aún a la Liga (de los Derechos del Hombre) y me he convencido de que no podemos obtener nada por vía de gracia (subrayado en el texto) respecto a ese forzado, en este momento. Tiene mil veces razón al decir que sería preciso una campaña de prensa. Es la única manera de forzar al gobierno a obrar, de decidir a los ministros...

Si yo dispongo un día de un cotidiano le prometo que tocaré seriamente la cuestión del presidio. Se niden economías, he ahí una a realizar. Se desea abrir las colonias penales a las gentes honestas, consiento en ello. Que se cese de enviar condenados. En una campaña de esa especie, a los argumentos generales contra el "fracaso del presidio", se agregará, como "ilustración", hechos de la naturaleza de los que hablamos, y bien dirigida, la campaña aportaría, además de los resultados generales, que son lo esencial, las reparaciones particulares que no hay que abandonar..."

He olvidado de qué forzado se trata en esta carta. ¡Habla tantos!

Pero he aquí otra carta que da nombres:

"París, V, 19, rue Sommerard, 15 de abril 1901.

Querido señor El señor Trarieux me anunció él mismo el sábado último que el guarda-sellos le respondió, respecto de Molissey y de Bury, reconociéndoles derecho a beneficiarse de la amnistía. Agregó que habló a su colega, el ministro de las colonias, para que ordene su repatriación. Soy feliz de poder comunicarle esta buena noticia, a Vd. y a los compañeros. En cuanto

to a Grunwald, la Liga no recibió aún respuesta. He recibido una carta suya que transmití al señor Pressense.

Que los compañeros se apresuren a hacer firmar a las madres de Regis, Meunier y Grangé una petición de gracia; será favorablemente acogida. El señor Trarieux ha recibido esa seguridad. Con otro ministerio yo tendríamos tantas probabilidades de triunfar.

Vuestro — E. Tarbouriech".

¿Quiénes eran los compañeros de que habla Tarbouriech? ¿Por qué habían sido enviados al presidio? Los recuerdos me faltan. En cuanto a Regis Meunier era un camarada de Tralazé, no el Meunier de Verry.

Sea como quiera, esas cartas demuestran que en Temp Nouveau no habíamos olvidado a los camaradas en el presidio y entendíamos que la "lucha por la justicia y el derecho" era la lucha por la justicia para todos.

En efecto, en cuanto se obtuvo la victoria, habiendo sabido, ponerse en el puesto de los vencidos los más astutos dreyfusards, nos habíamos dirigido a aquellos que, sin preocuparse de los puestos, habían permanecido simples defensores de la justicia.

Las cartas de Tarbouriech indican igualmente que la Liga de los Derechos del Hombre se había ocupado seriamente de los casos que le habíamos señalado.

Yo me había dirigido igualmente a Zola. No sé ya a qué protesta le había pedido que se asociara; me respondió con la carta siguiente:

"París, 6 de diciembre de 1900.

Mi querido colega, estoy enteramente con Vd., emplee mi nombre si le parece bueno para algo, y si desea hablar una noche conmigo, venga hacia las nueve, y esté más o menos seguro de encontrarme.

Cordialmente

Emile Zola, 21 bis, rue de Bruxelles."

Fue, pues, una noche a rue Bruxelles Zola estaba aun cenando. Se me hizo esperar en un salón repleto de frioleras. He guardado la impresión que no me atrevía a hacer ningún movimiento por miedo a derribar algún objeto frágil.

Al cabo de algunos momentos vino Zola. Me vería muy embarazado para decir cómo comenzó la conversación.

Habría sido más lógico desbrozar el pasado. Por ejemplo en lo que concernía a la Société des Gens de Lettres. Es verdad que yo no habría podido más que confirmar mi respuesta a su carta. Pero habría podido decirle que no le guardaba ningún rencor por su negativa a firmar una protesta en mi favor. Que estaba en sus motivos, eso le concernía a él solo. En el fondo, la cosa no tenía gran importancia. Tanto más cuanto que aunque hubiera firmado cien protestas no por eso habría salido en libertad.

Pero como él creyó bueno no decir una palabra sobre esas pequeñas diferencias, juzgué que no era yo el que debía comenzar.

He olvidado nuestra conversación, pero de lo que me recuerdo bien es de su promesa de intervenir en favor de nuestros camaradas víctimas de la justicia, diciéndome que apelaré a él cuantas veces fuera necesario. Que se ocuparía lo mejor que pudiera.

Lo dejé con esa promesa.

Me parece recordar vagamente también que me habló de su próximo volumen en donde vería cuanto había evolucionado.

La única impresión desfavorable que he conservado es que, durante todo el tiempo que le hablé, ni una sola vez me miró en la cara. Después de todo, quizás era esa su manera habitual de comportarse.

Encuentro una tarjeta de visita sin fecha suya en que están escritas algunas notas:

"Señor Grave, tengo aún dos Erangelios a cuestras e ignoro cuándo podré preocuparme de un asunto nuevo. Me es, pues, absolutamente imposible aceptar los documentos que me son ofrecidos, prometiendo solicitarlos un día. Lo mejor sería que Vd. los recogiese todos poniéndolos en lugar seguro, y más tarde se vería lo que se pueda hacer con ellos. Cordialmente — Emilio Zola".

¿Cuál era la naturaleza de esos documentos? He ahí lo que me es imposible recordar hoy. Recibía de todos los rincones del globo. Uno sin valor, otros muy interesantes. Me acuerdo, entre otras cosas, de haber recibido datos muy interesantes de un camarada de Australia sobre los mineros de allí. De Cándido, el marinero que guió la rebelión de los marineros del Brasil en 1911. Del presidio, grandes cantidades.

Muy probablemente es del presidio de lo que se trataba, porque Zola habla de ponerlas en lugar seguro y la oficina del periódico, dadas las invasiones de la policía, no era el lugar indicado para eso.

Ahora bien, recuerdo haber recibido, entre otras cosas, un voluminoso manuscrito del presidio, firmado por alguien olvidado hoy, pero que, no sé cómo, ha quedado bastante vivo en mi recuerdo como para saber quién es al ver la firma. Era el nombre de uno de los miembros de una banda de jóvenes apaches — el nombre no había sido inventado aun para esa categoría — que, durante algún tiempo, habían hecho hablar de ellos en París a causa de los ataques nocturnos que practicaban; el grupo era conocido con el nombre de banda de los corbatas verdes.

Eso debió ocurrir hacia 1880, quizás algo antes. Algunos fueron enviados al presidio. Los años transcurrieron. El olvido se había producido sobre ellos. Era uno de la banda el que me escribió. El firmante relataba su vida, describiendo las circunstancias que lo habían impulsado por la vía del presidio, contaba la vida en el presidio, seguida de una crítica y un resumen muy interesante y muy justo, demostrando que el individuo debía ser muy notable para, salido del arroyo, haberse desarrollado en el presidio en lugar de embrutecerse. Sin duda se trataba de ese documento en la carta de Zola. Pero, ¿qué se hizo de dicho documento? Desapareció como tantos otros en la vida que me hacía vivir la policía.

No he tenido ocasión de volver a ver a Zola. Se conoce el accidente imbecil que puso término a su existencia. Como los periódicos del Estado Mayor hicieron saltar en ocasión de su muerte nuestros conflictos al respecto de la Société des Gens de Lettres, pedí a la señora Zola que me enviara una carta para asistir a los funerales de su marido — era preciso una carta para formar parte del cortejo — pues yo consideraba un deber estar presente.

Por esas diversas intervenciones, algunos de nuestros camaradas salieron del presidio. Liard-Courtois para convertirse en el falderillo de Briand cuando éste llegó a ser ministro. Fue un fin miserable. Monod, con menos suerte, salió o poco menos y murió poco después. Cree que también otros debieron beneficiarse de esa ola de mansedumbre que no duró mucho tiempo, pues no he conservado más que el recuerdo de esos y de Grangé que vino a verme a su regreso.

En cuanto al pobre Meunier, del asunto Verry no fué comprendido en esas demoliciones de clemencia. Su acción había que temblar a demasiadas gentes para que se le perdonara tan fácilmente aunque fué condenado sin pruebas. Nosotros, sin embargo, no perdimos la esperanza, pero la muerte llegó antes de que se hubiera tomado alguna decisión con respecto a él.

Encuentro cuatro cartas suyas. Están llenas de estoicismo y de dignidad que las reproduzco enteras. Comienzo por las que están fechadas:

"Mi querido Juan,

La última vez que te escribí estaba en el hospital. Como esperaba poder preocuparme, al menos restablecerme un poco, no te hablé de ello.

ita sin fe-
s algunas

is *Ecange-*
podré pres-
ro. Me es.
de aceptar
ofrecidos.
t. Lo mejor
s los ponía-
arde se ve-
ellos.
Zola".

esos docu-
s imposible
s los rince-
otros muy
re otras co-
muy intere-
ustralia—
Cándido, el
a de los ma-
del presidio.

presidio de
la habla de
a oficina de
es de la pó-
lo para eso.
ner recibido.
no mazus-

por alguien
se cómo, ha
recuerdo co-
ver la firma
os miembros
paches — el
tado aun pa-
urante algu-
r de ellos en
nos nocturno-
era conocido
los corbatas

880, quizás al-
viados al pr-
eron. El olvi-
re ellos. Ero
no escribió. El
describiend-
abían impulsa-
contaba la vi-
de una crítica
esante y mu-
individuo de
salido del ar-
el presidio en
n duda se tra-
la carta de
de dicho docu-
tantos otros
vivir la poli-

volver a ver a
ate imbécil que
encia. Como los
por hicieron re-
norte nuestros
La Société des
la señora Zola
para asistir a
do — era preci-
parte del cor-
ba un deber es

ervenciones, al-
adas salieron del
para convertirse
nd cuando este
es un fia misora
erte, salió ciego
on después. Creo
nro beneficiario
bre que no duró
y he conservado
esos y de Grand
regreso.
emier, del asun-
ddido en esas de-
la. Su acción ha
emastadas zom-
a tan fácilmente
sin pruebas. No
perdimos la espe-
legó antes de que
una decisión co-

tervenciones, al-
adas salieron del
para convertirse
nd cuando este
es un fia misora
erte, salió ciego
on después. Creo
nro beneficiario
bre que no duró
y he conservado
esos y de Grand
regreso.
emier, del asun-
ddido en esas de-
la. Su acción ha
emastadas zom-
a tan fácilmente
sin pruebas. No
perdimos la espe-
legó antes de que
una decisión co-

tervenciones, al-
adas salieron del
para convertirse
nd cuando este
es un fia misora
erte, salió ciego
on después. Creo
nro beneficiario
bre que no duró
y he conservado
esos y de Grand
regreso.
emier, del asun-
ddido en esas de-
la. Su acción ha
emastadas zom-
a tan fácilmente
sin pruebas. No
perdimos la espe-
legó antes de que
una decisión co-

tervenciones, al-
adas salieron del
para convertirse
nd cuando este
es un fia misora
erte, salió ciego
on después. Creo
nro beneficiario
bre que no duró
y he conservado
esos y de Grand
regreso.
emier, del asun-
ddido en esas de-
la. Su acción ha
emastadas zom-
a tan fácilmente
sin pruebas. No
perdimos la espe-
legó antes de que
una decisión co-

Viendo que mi estado de salud no me-
joraba, he salido hace quince días, des-
pués he vuelto a ingresar de urgencia,
hinchado como un balón. ¿Me curaré?
Estoy anémico hasta tal grado que la co-
sa es muy problemática.

Antes de entrar en el hospital estaba
en un triste estado. Desde hace seis me-
ses arrastro en estas rocas una existen-
cia miserable. Aquí, el que quiere tener
una línea de conducta correcta, no pue-
de aceptar puesto — lo que es conside-
rado por la administración como un fa-
vor — es decir especular sobre sus com-
pañeros de cadenas, y entonces es obliga-
do a contentarse con el régimen de la
administración, es forzado a sucumbir al
fin de algunos años.

No lamento nada. No he hecho más
lo que lo debía hacer. Si hubiera que
volver a comenzar volvería a hacer lo
mismo. No temo la muerte. Si soy conde-
nado, que venga lo antes posible. Sin
embargo es lamentable morir así, después
de tantos años de sufrimientos pasados
en el presidio.

Te envío un certificado del médico ma-
yor que constata mi estado de salud. Pó-
deis usar de él para apresurar la solu-
ción del asunto por el cual os interesais.
Con ese fin os lo envío.

Según la opinión del médico mayor,
sólo eso podría restablecerme, pero yo
creo que no habría que tardar. Sin em-
bargo he sido condenado a trabajos for-
zados. No he sido condenado a muerte,
porque tú debes figurarte las atenciones
que se dan en el hospital, y yo tengo el
organismo completamente arruinado por
el régimen y el clima.

Espero una respuesta.
Salud a los camaradas, y para tí un
fraternal apretón de manos.

Theodule Meunier, No 28, 761

Hay a bordo del "Loira" (el vapor que
condujo el convoy de los transportes) un
mayor llamado... hombre de ideas
amplias, amigo íntimo, yo creo, de... Si
teneis algo que decirme y que no queráis
confiar a una carta que pasa por la admi-
nistración, podéis confiárselo a él."

"Hes du Salut, julio de 1906.

"Amigo mío,
He recibido tu carta. Esperemos que
saldrás con éxito. En el caso contrario,
trataré yo mismo de salir de esta si-
tuación de un modo u otro.

Tengo bastante. No puedo pensar en
la administración. He pedido al nuevo di-
rector que se suspenda mi interrogado. Me
ha dicho que consideraba bueno guar-
darme en las Iles du Salut que, por lo
demás, yo había conservado siempre las
mismas opiniones desde que estoy en el
presidio. Eso es categórico. Es porque
soy anarquista que no se me saca del in-
ternoamiento.

Desgraciadamente se está un poco au-
torizado a decir eso por la conducta que
observan algunos transportados anar-
quistas.

Si los actos por los cuales estoy aquí
son considerados en Francia con una
cierta imparcialidad, si allá la evolución
se hace sentir, la burocracia, aquí, per-
manece inmutable, y sobre todo la admi-
nistración penitenciaria: la situación del
transportado no se ha mejorado en modo
alguno. La mía es más bien peor, pues
tengo el doble de cadena como resultado
de mis evasiones. No he perdido gran co-
sa y habría podido ganar mucho.

La miseria y la fatiga resultantes, la
prisión en donde se acuesta un completa-
mente desnudo sobre el asfalto, los hie-
rros, los incorregibles, todo eso me ha
fatigado mucho ciertamente. Además no
soy ya joven. Sin embargo tengo aún
energía. Tanto al menos como se puede
tener después de hace casi doce años de
presidio, en un ambiente envilecido y en
un clima debilitante.

En cuanto tengas una respuesta, bue-
na o mala, házmela saber.
Salud a los camaradas.
Te estrecho la mano,

T. Meunier.

Vuelvo a abrir la carta para decirte
que he recibido la carta de Charles. Co-
municásele, te lo ruego."

Las otras cartas no tienen fecha.

"Querido amigo,

He recibido tus dos cartas de agosto y
de octubre. Te agradezco el esfuerzo que



haces. Esperaré, aunque el tiempo me pa-
rece muy largo. Siempre que lleguemos a
un resultado apreciable, porque una re-
ducción de pena a quince o diez años se-
ría sólo una burla si no hay suspensión
de internamiento.

Una campaña de prensa sobre mi asun-
to, pues la culpabilidad no ha sido pro-
bada, podría, quizás, activar la solución,
pero mejor que yo, vosotros estáis en si-
tuación de apreciar la mayor o menor
utilidad de la misma.

Requet, que tú debes conocer, ha muer-
to últimamente. Era de primera clase y
había aceptado el ser capataz. Desgracia-
damente esas concesiones no son raras
aquí. Sin embargo, sus compañeros de
cadenas no han tenido que quejarse de
él. Se le había sacado del internoamiento.
Según un telegrama ministerial del 28
de julio se ordenó a la dirección que vol-
viera a internar en las islas a los anar-
quistas que habían sido sacados del in-
ternoamiento, y de los cuales algunos es-
taban en la Grand Terre.

El presidio empeora más y más. Una
miseria negra, una ineuria extraordina-
ria para todo lo que no es represión. Pa-
ra esto, por ejemplo, no se anda con re-
tardo. Construyen calabozos, pero no sa-
bea dónde meter tantos hombres casti-
gados.

Hay actualmente en las islas tal canti-
dad de hombres en prevención de conse-
jo, que no sabiendo qué hacer de ellos,
pues las celdas están repletas, se les ha
puesto en chozas.

No quiero seguir más, porque ocurre
a menudo que las cartas confiadas a uno
o a otro son confiscadas o perdidas. En
cuanto tengas una respuesta cualquiera
házmela conocer. Tú debes comprender
con qué impaciencia la espero.

Te estrecho la mano.

Theodule."

He aquí la última:

"Mi querido Juan,
Quisiera que me escribieses para que
sepa a qué atenerme. No dudo que harás
todo lo posible, pero hace siete u ocho
meses que habeis comenzado a trabajar
por mí, y creo que no estamos mucho
más avanzados que el primer día.

Es preciso, sin embargo, que saiga de
esta situación. Si se presentara una ocasi-
ón, podría lamentar no haberla apro-
vechado.

Por otra parte, si fracaso, viene la re-
clusión celular, es decir la muerte (es
verdad que no perderé gran cosa). Si
puedes darme una respuesta definitiva,
dime, al menos, lo que debo esperar, pa-
ra que yo pueda tomar una determina-
ción cualquiera. Responde, te lo ruego, lo
antes posible.

Te estrecho la mano.

Th. Meunier."

¡Pobre Meunier! Bамboleado entre las
alternativas de esperanza y de decepción,
durante cerca de un año, fué la muerte
la que vino a libertarlo.

He ahí la carta que me comunicó su
muerte. Siendo el firmado un funciona-
rio, no doy su firma.

"15 de septiembre.

Mi querido Grave,

Meunier ha muerto — ¿lo sabe Vd.? —
hace ocho días, cuando el doctor amigo
quiso verle.

Había conquistado las más respetuosas
simpatías de todo el personal, que ha to-
tizado para embellecer sus funerales, se
me afirma. No ha sido confundido nun-
ca con los criminales de derecho común.
su conducta era un ejemplo.

He aquí lo que merece ser repetido.

Mis buenos recuerdos, — X.

(Del volumen inédito *Cuarenta años
de propaganda*).

Herbert Spencer, su filosofía

(Conclusión)

III

Aparece del error concerniente al in-
cognoscible, que hemos señalado en el
capítulo preced. a. e. la filosofía de Spen-
cer nos permite darnos cuenta de toda
la serie de fenómenos físicos, biológicos,
psíquicos, históricos y morales, atendi-
ndonos siempre al mismo método induc-
tivo.

Al leer sus obras, veis cómo todos esos
hechos, tan variados y que forman parte
de ciencias tan diversas, se encadenan;
cómo todos son manifestaciones de las
mismas fuerzas físicas; y cómo se les
comprende y se les juzga, si se siguen
siempre los mismos métodos de razona-
miento, como si fuesen hechos físicos.

¿Se desprende de eso que todos los ju-
icios pronunciados por Spencer conforme
a ese método, sean justos, verdaderos?
¿que el mismo haya aplicado siempre el
buen método? Ciertamente, no. Que sea
un libro de Spencer o de otro pensador,
nos compete a nosotros, a nuestra razón.
ver si el autor concluye justamente, si
queda fiel a su método. Y es aquí cuando
el método científico aparece bajo su me-
jor aspecto.

Obliga al autor a exponer sus hechos y
sus razonamientos de tal modo que po-
dais juzgarlos vosotros mismos. No es
un dios el que habla. Es vuestro igual
el que razona y el que os invita a hacer
lo mismo.

Hasta entonces *buscaba*, y encontraba.
Aquí — se siente desde los primeros pa-
sos — *tiene ideas ya hechas*: las ideas
de radicalismo burgués que había desar-
rollado desde 1850, en su *Estética so-
cial*, antes de haber comenzado a elabo-
rar su sistema de filosofía. Y ha revisa-
do aun esas ideas en un sentido más
burgués.

Es evidente que en cada estudio cientí-
fico, cada cual tiene ya, al comienzo, al-
guna suposición — una hipótesis que va
a verificar, sea para probarla, sea para
rechazarla. Y aun en las ciencias natu-
rales sucede que uno se apasiona por su
hipótesis, cuando los demás ven bien los
defectos.

Pero es peor en todo lo que trata de
la vida de las sociedades. En este domi-
nio, cada cual, al ponerse a la obra, tie-
ne ya su ideal de sociedad. Ha adquirido
ya en su vida y en su experiencia una
cierta manera de juzgar los privilegios
de fortuna y de nacimiento que posee o
que repudia; tiene su medida para las
divisiones de la sociedad; sufre mil in-
fluencias de parte de su ambiente. Y co-
mo las ciencias que tratan de los hechos
sociales están aun en su infancia, y Spen-

cer fué el primero en aplicar realmente
un método científico a los hechos socia-
les, es muy natural que no haya sabido
sacudir enteramente la influencia de las
ideas burguesas de su medio.

Ocurre también continuamente que se
es simplemente chocado por las conclu-
siones de Spencer. Tanto como se admi-
ra sus sugerencias en los *Principios de
biología*, tanto más se siente la estre-
chez de miras cuando habla, por ejem-
plo, de las relaciones entre capital y tra-
bajo en la sociedad.

Así, para no citar más que un ejem-
plo muy importante, por lo demás, Spen-
cer ha sido educado en la idea burge-
sa y religiosa de la *justa retribución*.
Habeis obrado mal — se os castigará;
Vd. ha sido un ingeniero muy aplicado —
y su patrón le agregará un chelín por
semana a su salario... Spencer cree en
eso, al menos. Y he ahí que ese princi-
pio de justa retribución se convierte pa-
ra él en una ley de la naturaleza.

En lo que concierne a los niños, a los
jóvenes, antes de que hayan aprendido
a alimentarse a sí mismos, la retribución
en una especie animal, no será, dice, pro-
porcional a los esfuerzos; eso es inevi-
table. Pero "entre adultos, deberá haber
conformidad con la ley, según la cual
los beneficios recibidos serían proporci-
onales a los méritos que cada uno posea;
siendo los méritos medidos por el poder
de sostenerse a sí mismos."

Y más lejos: "Tales son las leyes del
sostenimiento de las especies; y si ad-
mitimos que la preservación de tal espe-
cie es deseable, se sigue de ello la obli-
gación de conformarse a esas leyes, que
podríamos nombrar, según los casos, se-
mi-éticas o éticas" (*Justicia*).

Como se ve, todo ese lenguaje, con su
idea de retribución, de ley, de obligación,
no es el de un naturalista. No es un ob-
servador de la naturaleza el que habla;
es un escritor legalista un economista
político que moraliza.

Ahora bien, la explicación de ese he-
cho es ésta: Spencer conoce el socialis-
mo. Lo repudia, diciéndose que si cada
cual no es retribuido estrictamente se-
gún sus obras, sus méritos, sobrevendría
la muerte de la sociedad. Y para probar
ese principio — inatencable a sus ojos —
trata de hacer de él una ley de la natu-
raleza, lo que le fuerza a abandonar por
un momento el método científico, y lo
que hace también que advirtamos de in-
mediato ese error.

La ciencia de las sociedades, la socio-
logía moderna, no se contenta con ex-
poner de un cierto modo "las leyes del
espíritu", como lo hacían los hegelianos.
Después de Comte, estudia las diversas
etapas atravesadas por la humanidad,
desde los salvajes de la edad de piedra
hasta nuestros días, y descubre así en
nuestras instituciones modernas una ma-
sa de supervivencias, de instituciones
que datan de la edad de piedra. Nuestras
religiones, nuestros códigos, nuestros há-
bitos concernientes a los muertos, las
grandes fiestas anuales, todo está lleno
de ellas. Y es al estudiar la evolución, el
desenvolvimiento gradual de las institu-
ciones y de las supersticiones como se
llega a comprenderlas, digamos la pala-
bra: a despreciar nuestras instituciones
legales, estatísticas, rituales y otras, así
como a prevenir el desenvolvimiento futu-
ro de nuestras sociedades.

Spencer ha hecho ese trabajo, con esa
ausencia de comprensión de otras institu-
ciones que las que se encuentran en
Inglaterra, que caracteriza a la mayoría
de los ingleses. Además no conocía los
hombres. No ha viajado (no ha estado
más que una vez en los Estados Unidos
y una vez en Italia, donde se sintió muy
desgraciado en un ambiente que no era
su ambiente habitual inglés), y no ha
comprendido jamás el espíritu de las in-
stituciones de los pueblos no dotados de
policía.

Es por eso que encontramos continua-
mente en su *Sociología* y en su *Ética*
afirmaciones absolutamente falsas, sea
que se trate de interpretar antiguas cos-



tumbres, sea que se trate de levantar el velo del porvenir.

IV

Si el comunista anarquista tiene derecho a hacer a Spencer los reproches que hemos formulado en el capítulo precedente, es preciso decir no obstante que sus conclusiones sociológicas y éticas (moral societaria) son mucho más avanzadas que todas las que se encuentran en las teorías estadísticas de la sociedad, hechas hasta hoy, por todos los escritores del campo burgués.

Lo que deduce de su sabio análisis es que las sociedades civilizadas marchan hacia una completa emancipación de todas las supervivencias teocráticas, gubernamentales y militares que existen entre nosotros hasta el presente.

En el grado que se puede prever el porvenir, al estudiar el pasado, las sociedades humanas marchan hacia una condición en que el espíritu batallador y agresivo, así como la estructura militar que caracterizan la infancia de las sociedades, cederán el puesto al espíritu industrial y a una organización basada en la reciprocidad y en la cooperación voluntaria. Esta, por su parte, a medida que las viejas instituciones guerreras, realeza, ejército, nobleza, Estado desaparecezan más y más, hará crecer el espíritu altruista, sociabilista. Si bien que — y aquí Spencer se encuentra con los anarquistas — la sociedad llegará a un estado en que no sufrirá ninguna presión del exterior, en virtud de hábitos sociales establecidos, y los actos de cada uno no tendrán ya por fin someter a los otros, sino que contribuirán, al contrario, a aumentar el bienestar general y a garantizar la independencia de cada uno.

Allí donde todos los teóricos estadísticos predicaban la disciplina, la subordinación, la concentración estatista, Spencer prevé la abolición del Estado, la emancipación del individuo, la libertad completa. Y aunque burgués, individualista él mismo, no se detiene en esa etapa de individualismo que es el ideal de la burguesía actual: ve la cooperación libre (lo que nosotros llamamos la libre entente comunista), extendiéndose a todas las ramas de la actividad humana y llevando la sociedad al perfecto desenvolvimiento de la personalidad humana, con todos sus rasgos personales, individuales — a la individuación, como dice Spencer.

Siendo la tierra propiedad común y yendo a parar toda la ganancia que produce a la sociedad — no al individuo — no habrá necesidad, piensa Spencer (y en eso evidentemente se engaña) de tocar la propiedad individual en el dominio de la industria. La cooperación inteligente bastará. Es preciso advertir solo lamentemente que por cooperación Spencer no entiende esas compañías de accionistas del cuarto Estado, que hoy se llaman cooperación. Comprende todos los esfuerzos combinados de los individuos, sea para producir en común, sea para consumir, sin esas ideas de ganancia y de explotación de los accionistas, que constituyen la esencia de las cooperaciones actuales. Ve en ella lo que entre los anarquistas se llama "un medio libre".

Esa será una sociedad, dice, "en que la vida individual será impulsada así hasta su mayor extensión posible, compatible con la vida en sociedades, y la vida en sociedades no tendrá otro fin que mantener la esfera más completa de la vida individual." Iria así hasta el libre acuerdo comunista, cuyo fin debería ser el desarrollo más amplio de la vida individual — la más alta individuación, como él decía en oposición al individualismo, — comprendiendo por individuación el más completo desarrollo de todas las facultades de cada uno, y no el individualismo estúpido del burgués que predica el cada uno para sí y "dios para todos".

Sólo que como verdadero burgués, Spencer apercibía en cada esquina el espectro de los "perezosos" que no trabajarán si su existencia es garantizada en una sociedad comunista; veía en todas partes al *looper*, que tirará a la puerta de un club en espera del burgués a quien va a ayudar a subir al coche, y al cual pedirá (¡oh, cético!) una pieza de diez céntimos. Además, a menudo se frota uno los ojos al leer a Spencer, para preguntarse si es él, un hombre tan inteligente, quien lanza semejantes sandeces

contra los desarrapados, o el que murmura contra la obligación de dar un ejemplar de sus obras a la biblioteca gratuita del British Museum, o bien contra la educación gratuita para todos!...

El espíritu limitado del burgués reaparece así, en medio de las más altas concepciones, y en eso Spencer tiene un rasgo notable en común con Fourier, que, también él, hombre de genio, tenía semejantes retrocesos de tendero en medio de sus más hermosos vistazos. No olvidemos tampoco a los colectivistas que tienen también el mismo miedo a los "perezosos", sólo que encubierten por medio de palabras y de fórmulas.

Pero, modificad las conclusiones de Spencer, allí donde peca con demasiada evidencia contra lo que nos enseña el estudio de los hombres. Profundizad su observación más burguesa para deducir el verdadero motivo — que será siempre el odio a toda imposición sobre la libertad plena y entera del hombre, el deseo de provocar la mayor suma de iniciativa, de libertad y de confianza en sus fuerzas. Corregid el sistema allí donde Spencer no ha profundizado bastante las consecuencias del capitalismo moderno. Buscad la verdadera palabra de su respeto hacia la propiedad, que será siempre, como en Proudhon, el odio al Estado y el temor al convento y al cuartel. Haced esas correcciones, — y en eso está la ventaja y la belleza de toda investigación inductiva, científica, que sus errores pueden ser corregidos sin quebrantar el conjunto — y encontraréis en Spencer un sistema social que se parece inmensamente al de los comunistas anarquistas.

Si los anarquistas individualistas, como Tucker, han aceptado a Spencer, tal como es, con su individualismo burgués para la propiedad industrial y su "retribución" burguesa, han aceptado la letra de su sistema más bien que el espíritu. Porque bastaría hacer las correcciones a que nos autoriza Spencer mismo, introduciendo su cooperativismo voluntario y su ataque a la apropiación individual del suelo, para llegar a nuestras conclusiones. Es lo que ha sido constatado con sentimiento por varios grandes periódicos ingleses en sus artículos necrológicos sobre Spencer.

Hasta el presente, en todas las teorías de la sociedad que nos fueron presentadas por los filósofos, el individuo se encontraba sacrificado al Estado. Como, después Kant y tantos otros, caían en el mismo error, y los metafísicos alemanes aumentaron la nota de su feroz adoración del Estado.

El sistema de Spencer es el primero que, por una parte, se emancipó de toda superstición religiosa, de toda superestructura metafísica, y, por otra parte, afirma rotunda y altamente la soberanía del individuo. El Estado no prima ya como fin de la evolución humana (estilo alemán). Es, al contrario, el individuo el que está colocado en el primer plano y a él le corresponde elegir la sociedad que quiere; a él le corresponde determinar hasta qué grado quiere entregarse a esa sociedad.

Es la excesiva sumisión a su rebaño, lo que es preciso combatir en el hombre, nos enseña Spencer, de ningún modo la independencia; mientras que todas las religiones y todos los sistemas sociales habían combatido precisamente el espíritu de independencia, por miedo a formar rebeldes.

Desgraciadamente, tampoco aquí queda Spencer fiel a sí mismo. Hace una afirmación revolucionaria, y se apresura a suavizarla, ofreciendo un compromise. Y una vez que ha penetrado en esa vía, es obligado a irse de una concesión a otra, si bien, al fin de cuentas, ha comprometido toda su obra.

Después de haber dado el título *El individuo contra el Estado* a una de las partes de su *Sociología*, admite, sin embargo, el rol negativo, conservador del Estado. Así el Estado no deberá emplear los dineros públicos en crear una Biblioteca nacional; no fundará universidades; eso no es cosa suya. Pero velará por la protección de los individuos unos contra otros. Protegerá sus derechos de propietarios. Y como sus preciosos jueces para explicar esas leyes, charlatanes elegidos



— perdón, representantes — para hacer las leyes, y universidades para enseñar el arte de hacer las leyes, Spencer llega a reconstituir el Estado en sus peores funciones, hasta la prisión y la guillotina perfeccionada.

También allí, aquí, sobre todo, le falta audacia. El *justo medio* lo retiene. Quizás se sentía molesto por la falta de conocimientos, porque esbozó su filosofía en una época en que su saber era aún muy restringido, y toda su vida fue perjudicada por la ignorancia de otros idiomas que el inglés. ¿O bien era su naturaleza y su educación que no le permitían adquirir el ímpetu que un filósofo de su famosa inteligencia habría debido adquirir? ¿O bien era la influencia de ese medio inglés, siempre "centro izquierda", y jamás Montaña?... Su *autobiografía*, que va a ser publicada, nos lo explicará, quizás.

He aquí un corto esbozo, los rasgos distintivos de Spencer.

Crear una filosofía sintética, que es un resumen de todo el conjunto de los conocimientos humanos y que da una explicación material de todos los hechos de la naturaleza, así como de toda la vida intelectual del hombre, y de la vida de las sociedades, es una obra inmensa. Spencer la realizó.

Pero aún reconociendo el servicio que ha prestado, sería falso dejarnos arrastrar por nuestra admiración hasta creer que la obra contiene realmente los últimos resultados de las ciencias y del método inductivo aplicado al hombre. La idea madre de esa obra es justa. Pero en sus aplicaciones fue viciada algunas veces por diversas causas. Algunas de ellas acaban de ser indicadas. Otras, tales como el método vicioso de las analogías, y sobre todo la exageración de la lucha por la existencia entre individuos de la misma especie, y la poca atención dada a la ayuda mutua — otro principio de la naturaleza, — han sido mencionadas en el epísculo *La ciencia moderna y el anarquismo*, conocido ya de los lectores.

No podemos aceptar todas las conclusiones de Spencer. Hasta debemos corregir la mayor parte de ellas en su *Sociología*, como lo ha hecho un escritor ruso, Mikailovsky, sobre un punto muy fundamental, la teoría del progreso. Aquí debemos permanecer más fieles al método científico; allí debemos desentendarnos de algunos prejuicios; o bien hacer un estudio más profundo de tal grupo de hechos...

Pero encima y al margen de todo eso queda un hecho de la más alta importancia, probado por Spencer.

Desde el momento que se trata de construir una filosofía científica del universo, incluso la vida de las sociedades, se llega necesariamente, no sólo a la negación de un dios creador que gobernara el universo; no sólo a la negación del alma inmortal o de una fuerza vital especial; sino que se llega también a derribar ese otro fetiche, el Estado, el gobierno del hombre por sí mismo. Se llega en lo que concierne al porvenir de las sociedades civilizadas, a prever la anarquía.

En ese sentido, Herbert Spencer ha contribuido inmensamente para que la filosofía del siglo en que entramos fuese anarquista.

PEDRO KROPOTKIN

Un problema de cultura

Suscribiéndose cada anarquista millante a cinco o diez tomos de la Editorial LA PROTESTA — que tiene en el primer término de su programa la edición de las obras completas de Bakunin — se plantea la solución de un problema de cultura. La propaganda revolucionaria tiene en el periódico, el folleto y el libro sus principales elementos de difusión, y sólo será eficaz cuando contemos con los medios necesarios para librar nuestra literatura de la tutela de los comerciantes libreros y editores.

Un problema de cultura revolucionaria nos hemos planteado al dar vida a la Editorial LA PROTESTA, de cuya eficacia pueden hablar los libros ya editados y puestos al alcance de todos los obreros estudiosos. Para resolverlo necesitamos de la ayuda de todos los anarquistas y simpatizantes, y esa ayuda se circunscribe al adelanto del importe de una suscripción, por cinco o diez tomos, de los camaradas dispuestos a secundarnos en la tarea emprendida.

Compañeros: suscribíos a la Editorial LA PROTESTA, enviando a la Administración el importe de cinco tomos (6 pesos) o de diez volúmenes (12 pesos), entre los que figuran las obras completas de Bakunin, prologadas por Max Nettlau.



Nosotros no hacemos alardes de revolucionarios, pero lo somos; y lo somos algo más que los que tanto lo vociferan. Lo somos tanto como ellos en el procedimiento, ya que nunca hemos creído, ni podemos ahora creer, que por las vías legales y pacíficas se haya de llegar al logro de nuestras aspiraciones; y lo somos instintivamente más en las ideas, ya que ni en el orden político, ni en el orden económico, ni en el orden social, retrocedemos ante reforma alguna que la razón aconseje y la justicia reclame... No es la revolución una torpe meretriz ni una desgredada furia; es una matrona de viril porte que aparece en las grandes crisis de los pueblos armada de una antorcha con que purificar y alumbrar. Abre a las naciones nuevos rumbos y nuevos horizontes y las lleva con paso firme al reino de la justicia.

F. PI Y MÉRILL